

EL CEMENTERIO  
DE LOS ESPECTROS  
SANGRANTES

JOSÉ MARÍA PLAZA

**edebé**

© del texto, José María Plaza, 2009

© Ilustración de cubierta, Noemí Villamuza, 2009

Proyecto y dirección: EDEBÉ

© Ed. castellana: edebé, 2009

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño: Els Altres

Dibujos interiores: RedRose

1.<sup>a</sup> edición, octubre 2009

ISBN 978-84-236-9581-2

Depósito Legal: B. 28498-2009

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Elisabeth Lubinski, María Jesús Pérez Fuentes,  
Marian Chaparro y Rosa Triguero, pues todas  
ellas tuvieron que ver, y me ayudaron, con la  
página web de Los Sin Miedo.*

*Otra vez a Reina Duarte y Ana Plaza porque sus  
sugerencias han mejorado notablemente la novela.*

*A Ricardo Mendiola y el Departamento  
Comercial de Edebé  
por hacer llegar esta serie a tantos colegios,  
donde ha sido tan bien recibida.*

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela está ambientada en un paisaje reconocible: el Cementerio de la Almudena, de Madrid, que quizás sea el más grande de Europa. Todos los escenarios que aquí se sugieren, así como los caminos que recorren los protagonistas, son reales, igual que las tumbas, mausoleos o estatuas que aparecen en el libro o la misma historia del lugar. Para consultar el plano del cementerio o contemplar algunas de las fotografías tomadas en él por su autor, se puede acudir a la página *web*: **[www.lossinmiedo.com](http://www.lossinmiedo.com)**.

Y como siempre, si quieres mandarle algún comentario de lo que te ha parecido el libro, así como ideas y escenarios para nuevas aventuras, o mantener correspondencia con el escritor, puedes hacerlo a la dirección de correo: **[laesperajmp@yahoo.es](mailto:laesperajmp@yahoo.es)**

# Índice

1. La nieve es blanca .....	9
2. Mirando hacia atrás .....	19
3. A las puertas del cementerio .....	29
4. Entre tres caminos .....	41
5. Buscando una salida .....	49
6. La lápida partida .....	57
7. Brillos en la oscuridad .....	69
8. Una llamada en la noche .....	79
9. La pista de las pulseras de cuerda .....	87
10. Unos nichos con sorpresa .....	97
11. A vueltas con los fantasmas .....	105
12. Dentro del mausoleo .....	115
13. ¿Quién empujó la puerta? .....	125
14. Regreso a la tumba .....	135
15. Gotas de sangre .....	145
16. Arriba y abajo .....	153
17. Demasiada gente de repente .....	161

18. Como autómatas .....	169
19. La fortuna y la fortuna .....	179
20. Otra vez en clase .....	191
21. Epílogo (en blanco de nieve) .....	201



## 1. La nieve es blanca

**A**cababa de empezar el otoño y ya parecía invierno. Así lo sentí ese domingo de octubre, en el que habíamos quedado los cuatro en el parque que hay entre mi casa y la de Belén. Hacía frío. El viento arrastraba unas gotas que no se decidían a ser ni lluvia ni nieve.

—Espero que no tarden mucho —suspiré, apoyado en un grueso árbol.

Normalmente, las chicas suelen llegar las primeras y David el último. Pero esta vez nada fue como esperaba.

Me apetecía ver a mis amigos fuera del colegio, sin tener que aguantar a los demás compañeros, especialmente al pesado de Fernando, que está en otra clase pero siempre anda detrás de Cristina, como si no hubiese más chicas en el colegio.

Desde que llegamos del campamento donde

vivimos la aventura del Zorro Vengador, Los Sin Miedo no se habían reunido ni una sola vez. Es cierto que había visto a Belén y a Cristina fuera de clase, y también a David, mi mejor amigo, pero en todo ese tiempo no habíamos vuelto a estar los cuatro juntos, como una verdadera pandilla.

Habían cambiado las circunstancias. «El verano es para divertirse y el resto del año, para estudiar», solía repetir mi padre, pero aquella división no me convencía nada, pues así los estudiantes siempre salíamos perdiendo.

—¡En fin, voy a mandarles un mensaje!

Tomé el móvil con una mano tan helada que apenas acertaba a tocar las teclas. No pude completar el mensaje...

—¡Eh, Álvaro, que ya estoy aquí!

David acababa de llegar; se acercó, miró rápidamente alrededor y preguntó:

—¿Dónde están las chicas?

—Pues... —y giré la cabeza a derecha e izquierda, como si esperara que apareciesen de repente— no lo sé. Habrán quedado para venir juntas.



—¿Belén y Cristina? —dudó un momento y sonrió—. ¡No lo creo!

Cristina, que fue la última en unirse al grupo, no tenía nada que ver con Belén; sobre todo, en la forma de vestir: Belén iba siempre como una deportista, y Cris como una señorita, un poco antigua, es la verdad, pero muy guapa. Tampoco nosotros tres teníamos mucho en común, ni David, ni Belén ni yo, pero nos conocíamos desde la guardería y eso une mucho.

—Puff, me estoy congelando —protesté, y al ver a mi amigo tan tranquilo y con la cazadora abierta, le pregunté—: ¿Tú no tienes frío?

—¿Frío?... ¡Qué va! Al revés: ¡estoy muy contento! Ha venido mi tío, el de Pamplona, y me ha regalado un videojuego fenómeno sobre unos muertos que salen de sus tumbas y quieren conquistar la Tierra. ¿Te imaginas? —me miró para que compartiese su alegría—. Quise ponerme a jugar ya mismo, pero...

—¡Tu madre no te dejó!

—¿Cómo lo has adivinado? —contestó, sorprendido—. ¡Así son las madres! Por la mañana le conté que había quedado con vosotros y la fastidié.

¡Adiós muertos invasores! Dice que los amigos son antes que los videojuegos, y bueno, no es mala idea, pero... ¡es que no lo había estrenado siquiera! —se calló, dio una vuelta en círculo y continuó—. ¡En mi casa no me entienden!

Nosotros tampoco le entendíamos demasiado, pero se trataba de nuestro amigo y había que aceptarlo tal como era.

Sin darle más importancia, añadí:

—Menos mal que has venido, porque las chicas no aparecen —y al mirar el reloj me di cuenta de que había pasado media hora.

—Ya vendrán, y si no vienen, nos vamos a mi casa. ¿Te apetece?

Antes de que le respondiera, David fue hacia un banco y se sentó allí. Le imité. Si había que esperar, al menos lo haríamos de una manera cómoda.

—¡Vale, si no llegan, te acompaño a casa, pero no jugamos con la Play!

—¿Y qué quieres que hagamos entonces? ¿Aburrirnos?... —David insistía—. ¡Te aseguro que es un juego fenómeno! ¡Verás como te gusta!

—¿Luchar contra unos muertos? —sonreí, pero no me escuchó.

Se quedó muy serio, mirando al fondo del paisaje, que estaba cambiando de color.

—¿Sabes por qué la nieve es blanca? —me preguntó, y antes de que le dijera que no tenía ni idea, expuso su razonamiento—: la nieve es agua casi congelada y el agua es transparente; bueno, la que sale del grifo y la de las botellas, porque el agua de los ríos tiende a ser marrón...

—Pues... —era un tema que no había investigado.

—¿No me digas que no lo sabes? —se sorprendió—. Será por algún fenómeno atmosférico o, ¡qué sé yo! Deberías averiguarlo. ¿No dices que vas a ser científico?

—Sí, pero...

—No lo entiendo —concluyó—. La ciencia no es lógica. ¡En cambio los videojuegos...!

En ese momento oímos un pitido del móvil.

Leí el mensaje.

Era de Cristina: «FRÍO. RESFRIADO. CAMA. LIBRO MUY INTERESANTE. OTRO DÍA. DISCULPAD».

Se lo mostré a David, que también estaba mirando su móvil.

Casualmente, las dos chicas habían enviado sus mensajes al mismo tiempo.

—Belén tampoco viene. ¡Vaya! ¿Nos vamos a mi casa?

Dudé un momento. Me había hecho a la idea de que Los Sin Miedo íbamos a estar juntos esa tarde y cualquier otro plan me descolocaba.

—Es que... —dije, mientras lo pensaba, pero David ya había decidido por su cuenta.

—¡Como quieras! —se levantó—. ¡Yo me voy! ¡Estoy deseando empezar con el juego ese del cementerio de los muertos vivientes!

Antes de que me diera cuenta, mi amigo ya había desaparecido del parque y me quedé solo con toda una tarde de domingo sin saber qué hacer.

Sentado en el banco, me puse a revivir nuestras aventuras en la casa del fin del mundo aquella noche tan oscura y lluviosa; me acordé de cómo nos escapamos por la cueva y llegamos a un sitio desconocido, donde ni siquiera había llovido.

«¡Si no llega a ser por Sabab no lo contamos!», suspiré al pensar en aquel perrazo baboso que tenía tan buen olfato para encontrar a cualquiera.

Si cerraba los ojos —y eso es lo que hice—, me parecía estar viéndolo. Incluso oía sus ladridos tan reales como si lo tuviera delante.

—¡Eh!

Alcé la vista, confundido, pero el parque seguía igual de desierto.

O casi.

De repente, sentí un golpe en la espalda y una especie de lengua larga y asquerosa que me chupaba el cuello.

Me volví, asustado, y aquellas babas me tocaron directamente la boca.

—¡Puaff!

Antes de que dijera nada más, oí una voz que ya creí haber olvidado.

—¿Has visto? ¿A que es muy cariñoso mi perrito?

Erika, la hermana pequeña de Belén, estaba delante y acarició el lomo de aquel animal, que le llegaba a la cintura.

—¡Sabab! —los miré a los dos—. ¿Qué hace aquí?

—¿No te lo ha contado mi hermana? Mientras vosotros estabais en el campamento, convencí a mis padres para traerlo a casa. No tenía dueño y no íbamos a dejarlo solo, ¡pobrecito!, en aquel pueblo perdido —se agachó, juntó su nariz con la del bicho y, poniendo una vocecita ridícula, canturreó—: ¿Verdad que no, chiquitín?

—¡Ah, bien! —dije sin darle más importancia, y me puse a explicarle la situación—. Había quedado con Belén, pero no ha venido...

—Ni vendrá. Se ha ido a la Sierra con nuestra prima, que ha llegado esta mañana. Querían alcanzar la cima de la montaña antes de que oscureciera. Creí que te había llamado.

—Bueno, ha mandado un mensaje a David esta tarde... —y antes de que el perro se me echara encima otra vez, dije—: Adiós.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—¿Por qué no te quedas un poco con noso-

tros? —sugirió Erika, que tiene dos años menos—. Seguro que a Sabab le gusta. Ya sabes que eres su favorito. Podíamos jugar a...

—No puedo. Ya no soy un niño para estar todo el día jugando. Soy casi un científico, y un científico tiene que investigar cosas...

—¡Ah, sí! —dijo Erika, al tiempo que unos copos le caían en la cabeza.

Al verlos me acordé de la pregunta de David, y añadí orgulloso:

—Tengo que averiguar por qué la nieve es de color blanco si el agua no es...

—Si es sólo eso, te lo digo yo y podemos jugar aquí un rato los tres. ¿Qué te parece si tú te escondes entre los árboles y Sabab y yo te buscamos?

—¿Quéeeeeeeee? —dije, asombrado.

—Bueno, si quieres me escondo yo.

—No, yo te preguntaba por la nieve. ¿Estás segura de que tú sabes por qué es blanca?

—Claro. Es muy fácil. Lo leí en una revista —dijo sin darle ninguna importancia—. ¿Jugamos?